

CONFERENCIA
SOBRE LAS VIVENCIAS JUVENILES DE BLASCO IBÁÑEZ EN BURJASSOT,
EN LA CASA-RESIDENCIA DE VERANO DE SUS PADRES.

Correspondiente a los actos culturales
Falla Náquera-Lauri Volpi de Burjassot.

Por Juan Vila Real©

Bona vesprada. Buenas tardes a todos.

Hablar de Vicente Blasco Ibáñez es hablar de república, su gran pasión, su gran ideal... Pero en estos tiempos que corren, apenas se habla en España de República, y menos aun de República Federal. Y yo pienso –igual que Blasco Ibáñez y Pi i Margall, su maestro en este sistema político– que una República Federal es la verdadera solución para la situación política de España... Ya lo dijo Blasco cuando apenas tenía 18 años:

"La afición al estudio me llevó a buscar nuevos horizontes, leí las inmortales obras de Pi i Margall, y vi en ellas que la República sin sistema federal es la democracia incompleta".

Blasco nunca llegaría a conocer la II República, pues falleció exiliado durante la dictadura monárquica de Primo de Rivera, en su villa Fontana Rosa, en Menton, Francia, en 1928; una República por la que luchó toda su vida, y que se proclamaría solo tres años después de su muerte. Sería enterrado en Menton, aunque dejó escritas estas palabras:

"Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al Mare Nostrum que llenó de ideal mi espíritu; quiero que mi cuerpo se confunda con esta tierra de Valencia, que es el amor de todos mis amores."

Pero Blasco había dejado constancia, de que a su muerte, no se le llevara a su tierra mientras no hubiera una democracia.

Así, en 1933, en plena II República, el Gobierno trajo a Valencia sus restos mortales para descansar en su tierra, como era su deseo. Valencia entera salió a recibirle desde la llegada al puerto en una manifestación grandiosa jamás vista.

Pero todo lo descrito ahora, ya es otra historia que nos llevaría a una nueva y extensa conferencia, que no es el caso que nos ocupa hoy.

Hoy me siento emocionado al encontrarme en esta ciudad que con tanto cariño me trató durante las tres temporadas que jugué en el Burjassot CF (de esto hace muchos años), y también, por que hoy se me ha dado la oportunidad de hablar del novelista más genial que ha dado Valencia para España y el mundo entero. Un hombre que ha influido en mi formación cultural e intelectual de manera determinante.

Siempre que he venido a Burjassot, no he podido resistir visitar en la plaza Concepción Arenal la estatua-monumento de Blasco Ibáñez que tanto sacrificio y esfuerzo costó a este pueblo. Es tan magnífica obra, que hace engrandecer aun más el blasquismo y el republicanismo en la ciudad de Burjassot, aunque el republicanismo ya se vivió aquí desde antes de la Primera República de 1873.

Luis Manuel Expósito Navarro, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, en su artículo "Gestación del monumento a Vicente Blasco Ibáñez", de manera elocuente escribe:

"Es por eso que se rotuló una calle, la principal, la Mayor, con el nombre de "Vicente Blasco Ibáñez". Es por eso que en 1930 se creó una Comisión Pro-Monumento a Vicente Blasco Ibáñez, destinada a recaudar fondos con el fin de alzar un monumento al "maestro" en el paseo de Concepción Arenal, algo que se logró, no sin mucho esfuerzo y salvando numerosos obstáculos, en 1938. Es por eso, en suma, que cuando acabó la guerra, una de las primeras cosas que ansiaron hacer las autoridades del nuevo régimen dictatorial fue la de anular del todo y para siempre la figura de Vicente Blasco Ibáñez."

Más adelante, Luis Manuel Expósito sigue su narración:

"Sin embargo, en 1919 se quiso hacer un homenaje en toda regla, con inauguración de una nueva placa artística. Poco antes, al recibir la noticia, el literato, lleno de gratitud, se sinceraba por carta al entonces alcalde monárquico de Burjassot, Vicente Llopis, a quien, curiosamente, llama "correligionario."

Esta es la carta de Blasco respondiendo al alcalde Vicente Llopis:

"Señor Don Vicente Llopis, Alcalde de Burjasot:

Distinguido amigo y correligionario: Inútil es decirle con cuanta alegría he recibido su telegrama del 27 haciéndome saber que el Ayuntamiento de Burjasot ha acordado dar mi nombre a la calle mayor del pueblo.

Gracias, muchas gracias. Es este un honor que me colma de satisfacción por la muestra de afecto que representa y por el amor que siempre tuve a este pueblo.

Usted y todos sus compañeros del Ayuntamiento, así como la gran mayoría de sus convecinos, saben que yo me considero como de Burjasot. En él pasé una gran parte de mi infancia, y a él van unidos los recuerdos de la mejor época de mi vida. De pequeño he jugado con los que hoy son sus principales vecinos y ocupan los primeros cargos públicos.

Recuerdo cuando mi padre edificó su casa fuera del pueblo, en un lugar donde sólo había cuevas. Hoy la casa está en el centro casi de Burjasot. ¡Tanto ha crecido el pueblo! ¡Tanto han trabajado los vecinos para su ensanche y embellecimiento!

Sírvase manifestar a todos mi profunda gratitud por este honor que Burjasot concedió al

chiquillo de otros tiempos que jugaba en la explanada de Los Silos, frente a un paisaje espléndido que sigue vivo en mi memoria, y que le ha acompañado por los dos [h]emisferios de la Tierra.

¡Ojalá pudiera yo servir al pueblo alguna vez para demostrarle mi agradecimiento con algo más que palabras!

Mis saludos a todos los individuos del Ayuntamiento, a todos los correligionarios y amigos, y usted reciba un abrazo de su afectísimo y agradecido Vicente Blasco Ibáñez.”

El autor de la escultura fue Francisco Marco Díaz-Pintado que tenía su casa y su taller en Burjassot, aunque al principio se le había ofrecido al famoso escultor Mariano Benlliure, amigo íntimo de Blasco, desconociéndose el motivo por el que no lo realizara.

Luis Manuel Expósito Navarro, escribe también:

"El acto de la colocación de la primera piedra se celebró el 10 de febrero de 1935. El Centro Republicano "La Constancia" guarda con celo la pequeña pastera de madera que se utilizó para la colocación de la primera piedra. En su parte inferior lleva grabada la leyenda "Primera piedra, 10-2-1935" dentro de un escudo coronado y flanqueado por los apellidos del novelista, y a sus pies, "Burjasot".

Extraordinario dato que nos muestra Expósito...

¿Y por que tanto feeling entre Blasco Ibáñez y Burjassot?

Todos ustedes lo saben bien. Aquí Blasco Ibáñez pasó años de infancia y juventud inolvidables, especialmente en los días de verano, tal como cuenta en la carta al alcalde Vicente Llopis.

Pero hagamos un poco de historia:

De un pequeño pueblo de la provincia de Teruel llamado Aguilar del Alfambra, parte uno de sus jóvenes habitantes en busca de fortuna en la prospera ciudad de Valencia; es don Gaspar Blasco Teruel nacido en 1844, que entraría como aprendiz en una tienda de comestibles en la plaza del Mercado. El carácter emprendedor y de buen sentido para los negocios, llevaría a don Gaspar Blasco a establecerse pronto por su cuenta en la calle de la Jabonería Nueva. El destino le llevaría a conocer en Valencia precisamente a una joven, doña Ramona Ibáñez Martínez, también aragonesa nacida en Calatayud, Zaragoza, que había llegado a Valencia llamada por una tía suya ama de llaves de don Mariano Cabrerizo, el importante editor aragonés afincado en Valencia, y político republicano. Don Gaspar y doña Ramona se casarían en 1866, y el 29 de enero de 1867 nacía en el número 8 de la calle Jabonería Nueva, Vicente Blasco Ibáñez, siendo bautizado en la iglesia Parroquial de los Santos Juanes, popularmente conocida

por "la parroquia de los pillos". En poco tiempo ya poseía la familia Blasco-Ibáñez dos viviendas, una en la Plaza de San Gil y otra en la calle de San Nicolás.

Cuando el pequeño Vicente comenzó a ir al instituto, sus padres construyeron una sólida casa de un solo piso con una torre-miramar situada en la parte alta de Burjassot. Era 1880, un año después del nacimiento de la hija, Pilar.

Como toda la pequeña burguesía en la Valencia de aquellos tiempos, los padres de Blasco Ibáñez parecían haber alcanzado la ilusión soñada al salir de su Aragón natal. Poseían un comercio próspero, dos casas en la ciudad, un terreno y una casa en el campo, donde disfrutar los domingos y las temporadas de verano.

Para el joven Blasco, Burjassot se le adentra en el corazón y lo disfruta intensamente. Recorre sus calles, el pueblo entero de extremo a extremo y disfruta con el contacto amable de los campesinos... Su biógrafo León Roca, escribe en su libro "Vicente Blasco Ibáñez":

"Encuentra en aquel refugio la paz del poeta, el silencio fecundo del creador."

Desde allí Blasco Ibáñez contempla la huerta, las montañas de Sagunto, el mar, los alrededores, pasa con los amiguitos las tardes de Pascua... Sube a la gran plataforma de los Silos y hace amistad con el guardián, un viejo liberal popularmente conocido en Burjassot como "el Palleter", que le relata historias, como la matanza de una partida carlista del general Cabrera ocurrida allí mismo. Así, con tantas vivencias, no era de extrañar que llegado el momento, el joven Blasco incluyera Burjassot en algunas de sus novelas, como en "La araña negra"; o en "Arroz y tartana", novela este donde escribe comenzando el capítulo VI:

"Había abandonado la mesa la familia y aún duraban los elogios a Visanteta por el mérito de la paella que les había servido, cuando comenzaron a llegar los amigos.

—Mamá—gritaba Amparito desde la puerta de la calle—, las de López, que vienen en su faetón. ¡Calle! El tranvía ha parado en la esquina.... ¡Si son «las magistradas»! ¡Ay, y también el papá de Andresito, guiando su charrette...! ¡Si parece que se han dado cita! ¡Todos a un tiempo...! ¡Venid, Conchita, mamá! ¡Mirad qué guapo está el señor Cuadros guiando su cochecito! ¡Parece que en toda su vida no haya hecho otra cosa...!

Y los convidados de doña Manuela entraron en la casa, confundándose unas familias con otras, saludándose las mujeres con un tiroteo de besos y elogiando todas las cualidades de la «posesión» que la viuda de Pajares tenía en Burjasot. Era un chalet que parecía escapado de una caja de juguetes; un edificio construido por contrata, tan bonito como frágil, con sus

tejados rojos y escalinatas con jarrones de yeso, situado en el centro de un jardincillo excavado en las rocas, con dos docenas de árboles típicos que gemían

melancólicamente, martirizadas sus raíces por la capa de dura piedra que encontraban a

pocos palmos del suelo. A pesar de su aspecto de decoración de ópera, que tanto entusiasmaba a doña Manuela, el tal chalet no pasaba de ser una casa de vecindad, enclavado como estaba entre otras construcciones de la misma clase, todas frágiles y pretenciosas, con sus jardincillos como sábanas, y sobre la verja, en letras doradas, los campanudos títulos de Villa-Teresa, Villa-María, etcétera, según fuese el nombre de la propietaria.

La viuda había empeñado y perdido para siempre un centenar de hanegadas de tierra de arroz que le producían muy buenos cuartos, para adquirir aquella ratonera brillante y frágil, a la que puso el título de Villa-Conchita, no sin protestas ni rabietas de Amparo. Creía que una «villa» para el verano es el complemento de una familia distinguida que tiene coche; y en las tertulias, al dirigirse a sus amigas, llenábase la boca hablando de su «lindo hotelito» de Burjasot y de las innumerables comodidades que encerraba.

La casa era mala, pero el paisaje magnífico. Los hotelitos—había que llamarlos así, para no disgustar a doña Manuela—, ocupando la suave pendiente de una colina yerma, eran un magnífico mirador, desde el cual se abarcaba la vega con todas sus esplendideces. Al frente, Burjasot, prolongada línea de tejados con su campanario puntiagudo como una lanza; más allá, sobre la obscura masa de pinos, Valencia achicada, liliputiense, cual una ciudad de muñecas, toda erizada de finas torres y campanarios airosos como minarettes moriscos; y en último término, en el límite del horizonte, entre el verde de la vega y el azul del cielo, el puerto, como un bosque de invierno, marcando en la atmósfera pura y diáfana la aglomeración de los mástiles de sus buques.

El día era hermoso; un verdadero domingo de Pascua. La primavera enardecía la sangre, y la ciudad entera, solemnizando la vuelta del buen tiempo, lanzábase al campo, levantando en él un rumor de avispero.

Los convidados de doña Manuela veían a poca distancia los famosos Silos de Burjasot, gigantesca plataforma de piedra, cuadrada meseta agujereada a trechos por la boca de los profundos depósitos y en la cual hormigueaba un enjambre alegre y ruidoso: corros en que sonaban guitarras, acordeones y castañuelas acompañando alborozados bailes; grupos de gente formal entregada sin rubor a los juegos de la infancia; docenas de muchachos ocupados en dar vuelo a sus cometas con grotescos figurones pintados, que al remontarse moviendo los inquietos rabos hacían el efecto de parches aplicados al azul cutis del infinito y daban al paisaje un aspecto chinesco de abanico o de pañolón de Manila.

En casa de doña Manuela, las señoras, despojadas de sus sombreros y mantillas, y los hombres fumando con la confianza del que está en su propio domicilio, contemplaban desde los balcones la alegría popular.

Bastábales volver un poco la cabeza, y su vista caía sobre la inmensa vega, silenciosa y

esplendente, con sus tonos verdes de infinitos matices, que deslumbraban, abrigados por el sol de la primavera. Los pueblos y caseríos, compactos y apiñados hasta el punto de parecer de lejos una sola población, matizaban de blanco y amarillo aquel gigantesco tablero de damas, cuyos cuadros geométricos, siendo todos verdes, destacábanse unos de otros por sus diversas tonalidades; a lo lejos, el mar, como una cenefa azul, corríase por todo el horizonte con su lomo erizado de velas puntiagudas como blancas aletas; y volviendo la vista más a la izquierda, los pueblos cercanos: Godella con su oscuro pinar, que avanza como promontorio sombrío en el oleaje verde de la huerta; y por encima de esta barrera, en último término, la sierra de Espadán, irregular, gigantesca, dentellada, mostrando a las horas de sol un suave color de caramelo, surcada por las sombras de hondonadas y barrancos, decreciendo rápidamente antes de llegar al mar, y ostentando en la última de sus protuberancias, en el postrer escalón, el castillo de Sagunto, con sus bastiones irregulares, semejantes a las ondulaciones de una culebra inmóvil y dormida bajo el sol.".../...

Más adelante, Blasco deja que sus propios personajes, ensalcen el paisaje que desde Burjassot él mismo contempló tantas veces:

"La espléndida del paisaje tenía como embobados a los convidados de doña Manuela, a pesar de ser todos ellos gente poco susceptible de entusiasmarse ante cosas que no fuesen útiles.

—¡Muy hermoso!—exclamaba «la magistrada»—. Yo he vivido en Granada cuando mi difunto estuvo en aquella Audiencia, y su vega no tiene comparación con ésta."

Es decir, para Blasco, la vega de Granada no tenía comparación con la vega que rodeaba a Burjassot. Por suerte, todavía quedan hoy campos y huertas de aquel precioso vergel.

El 12 de noviembre de 1894 nace el primer número de "El Pueblo", diario republicano de la mañana, fundado y dirigido por Blasco Ibáñez; y fue precisamente en ese primer ejemplar del diario donde comenzaría a publicarse en forma de folletín "Arroz y Tartana", la entrañable novela que popularizó a Burjassot en el mundo literario.

Burjassot, por aquellos tiempos de la infancia de Blasco Ibáñez, comenzaba a convertirse en el lugar de veraneo preferido por la pequeña burguesía valenciana, dando paso a la edificación de pequeñas residencias, pero también más de una mansión. Eran frecuentes las tertulias entre importantes personalidades del arte, la política o la literatura que residían en Burjassot, entre ellos, el propio Blasco Ibáñez, el artista e historiador González Martí, hijo predilecto de Burjasot, el escultor Francisco Marco Díaz-Pintado, autor del monumento a Blasco, el músico riojano Santiago Lope Gonzalo, director en 1903 de la Banda Municipal de Valencia, fallecido en su residencia de Burjassot en 1906, y muchos más, sin olvidar al gran Pío Baroja, que al ser destinado su padre por trabajo a Valencia la familia se traslada a la ciudad del Turia

en 1891, pero al año siguiente, uno de sus hermanos, Darío, enferma de tuberculosis y muere en 1894. La familia decide entonces abandonar Valencia y se traslada ese mismo año a Burjassot, donde Pío Baroja, ya doctorado en Medicina, pasará el verano. Sus estancias en Burjassot dejaría huella imborrable en sus novelas, especialmente en su novela "Camino de Perfección", según él, la mejor de sus obras.

Pero volvamos con el joven e inquieto Vicente en su querido Burjassot.

Aquí, en la casa familiar de Burjassot, siendo un adolescente, el futuro novelista universal escribirá precisamente sus primeras narraciones que ya mostraban su impronta imaginación creativa. En Burjassot, a la edad de trece o catorce años escribe –para horgullo de Burjassot– su primera novela, titulada "Carmen" y que verá publicada. Una historia de amor entre estudiantes y una joven, Carmen, de la misma vecindad. La historia, casi con seguridad, podría estar basada en la realidad, pues uno de los primeros amores de infancia de Blasco fue precisamente una jovencita de Burjassot llamada Carmen a la que los propios padres del novelista conocían, y esto si que está confirmado por los biógrafos.

Sobre la publicación de la novela "Carmen", el biógrafo de Blasco, J. L. León Roca, escribe:

"Esta narración impresa debió caer en medio de la aburguesada familia de los Blasco como un rayo que deslumbra y una verdad que consterna. A la pequeña vanidad de los padres, se une el temor, el miedo a las diabólicas artes a que el joven se siente inclinado. No es extraño, pues, que el problema de la educación del muchacho sea de nuevo planteado con una serie de interrogantes. La madre, doña Ramona, vela como nunca por su hijo. Está atenta a las amistades que frecuenta, y alarmada por los amoríos que presiente y adivina, le exige detallada relación de sus pasos."

Pero yo creo, que esa parte de mujeriego conocida también en el novelista, los padres nunca la pudieron enderezar.

En 1882, Blasco Ibáñez ingresará en la Universidad. No serán tantas sus estancias en Burjassot, pero ya comprometido con los anhelos republicanos, en Burjassot, donde se siente como en familia entre los habitantes, hará sus primeros discursos republicanos con solo 16 años de edad; luego vendrían los discursos atronadores en LLiria, Pedralva, Bugarra, Alcuablas, etc...

En la Universidad se une a un grupo de amigos estudiantes afines al republicanismo, entre los que destacan nada menos que Rafael Altamira, los hermanos Morote, Martí Grajales y Giménez Valdivieso, entre otros futuros escritores valencianos...

Se reúne habitualmente pese a su juventud, con escritores que ya empiezan a destacar en la literatura valenciana y que con el tiempo les uniría una gran amistad, como, Constantí Llombart, Teodoro Llorente, Félix Pizcueta o Jacinto Labaila, entre otros; más tarde, todos ellos

formarían la generación de la "renaixença valenciana", fundadores de La Sociedad "Lo Rat Penat", a la que también pertenecerá Blasco.

Fueron tiempos de infancia y adolescencia, y tiempos de estudiante universitario... Eran tiempos, en que el joven Blasco Ibáñez visitaba y convivía asiduamente con el pueblo de Burjassot que le vio crecer y madurar como futuro político y novelista universal.

Ya en tiempos de fama mundial, Vicente Blasco Ibáñez visitaría habitualmente Burjassot, pues la casa sería heredada por Pilar, la hermana del novelista.

También el hijo de Blasco Ibáñez, Mario, vivió en un chalet en la calle de Colón, en Burjassot, según me contó doña Pilar, la nieta de Vicente Blasco Ibáñez. Mario se afiliaría al PSOE en 1936.

Hasta aquí, la breve pero intensa relación de Blasco Ibáñez con este pueblo histórico que siempre lo llevó en su corazón: BURJASSOT.

El resto de la impresionante vida de Vicente Blasco Ibáñez, sus éxitos políticos, periodísticos, y literarios fundamentalmente, que le llevarían a la gloria universal y a la fortuna, corresponden a otra conferencia, una conferencia seguramente imposible de acabar.

Antes de finalizar, he de felicitar a todo el equipo organizador de este acto cultural sobre un Burjassot histórico, republicano y fallero. Estos actos hacen que nuestra idiosincrasia perdure en el tiempo. Mi enhorabuena.

Moltes gracies. Muchas gracias a todos.

Juan M. Vila Real